

EL LIBERALISMO.

DISCURSO

LEIDO POR EL PRESBITERO DON

GUILLERMO JUAN CARTER

ANTE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
EL 3 DE ENERO DE 1875, AL INSCRIBIRSE EN DICHA FACULTAD.

Dedicado a los liberales católicos,

POR ALGUNOS SECCIONALES DEL DEPARTAMENTO DE SOC.



REIMPRESO EN BUCARAMANGA.

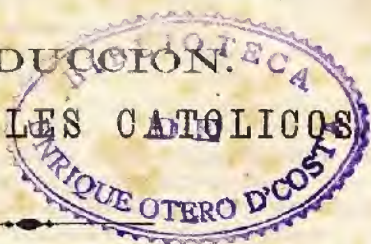
Imprenta de Soto.

FOR ESTEBAN SERRANO & C.

M 153 P 203

INTRODUCCIÓN.

A LOS LIBERALES CATÓLICOS



Publicamos hoy un luminoso discurso pronunciado en ocasión solemne ante el Cuerpo Universitario en Santiago de Chile, por el ilustrado sacerdote don Guillermo Juan Curter. El deseo de hacer luz en la tan debatida cuestión de que existe realmente una contradicción manifiesta entre la idea católica y los principios liberales, nos ha movido á reimprimir este folleto publicado en Chile á principios del año en curso. Nuestro objeto es dedicarlo á los liberales católicos, por una razón y con un objeto, suplicándoles que no lleven á mal esta dedicatoria que entraña la idea y el deseo más vivo de que la lectura meditada y atenta de este cuaderno, produzca los saludables efectos que naturalmente debe producir en el ánimo de muchas personas que de buena fé creen poder conciliar la doctrina liberal con los principios católicos.

Decíamos que la dedicatoria tiene una razón y un objeto conocido:

De las tres fracciones liberales que reconoce el autor del discurso, dos de ellas son abiertamente hostiles al catolicismo. Nos queda únicamente la fracción liberal católica, que por sus protestas de fé y de adhesión á la Iglesia de Cristo, nos da motivo para esperar que esas protestas no serán vanas, una vez que se le ponga delante de los ojos la incompatibilidad manifiesta que existe entre el Catolicismo y el Liberalismo. De nuestros adversarios reconocidos, que son los radicales y los liberales republicanos, nada podíamos esperar, porque ni ellos leen con ánimo desapasionado ninguna producción que tenga origen católico, ni nos conceden la razón en ningún caso. A ellos no nos dirigimos, porque las víctimas no tienen derecho á esperar cosa alguna de sus verdugos. Siempre hemos creído que su conversión tiene que ser el resultado de un milagro de Dios, pero no de la convicción ni del estudio. Ellos padecen una enfermedad casi incurable y cometen el pecado de impetencia final que difícilmente obtiene perdón de Dios.

La cuestión para los liberales católicos es cuestión capital, es cuestión de ser ó no ser - ó liberales decididos, ó católicos sinceros. No debemos adoptar términos medios que no resuelven el problema. Es preciso ser una de las dos cosas; pero no liberales á medias ni católicos á medias. El agua no se puede ligar con el aceite, ni la luz puede confundirse con las tinieblas. Si los principios liberales son erróneos y producen frutos amargos, es necedad pretender conciliarlos con los principios cristianos. La lectura detenida de las páginas siguientes, llevarán al ánimo imparcial de los hombres de buena fé y probidad, la convicción profunda de que nó es posible ser á un tiempo católico y liberal. Así lo esperamos y lo deseamos con todo nuestro corazón, porque la anarquía y falta de unidad en las ideas producen desconcierto en nuestras filas, á tiempo que necesitamos de todas nuestras fuerzas reunidas para combatir al GRAN DRAGON ROJO de que habla el APOCALIPSIS y que amenaza anonadar á la Iglesia católica i destruir el orden social.

Bucaramanga, Enero 7 de 1879.

JULIO ESTÉVEZ BRETON.

EL LIBERALISMO.

Discurso leído por el Presbítero D. Guillermo Juan Carter ante la Facultad de Teología de la Universidad de Chile el 8 de Enero de 1878.

SEÑORES:

Debo á vuestra benevolencia el asiento que hoy vengo á ocupar en la facultad de Teología y Ciencias Sagradas de nuestra Universidad. Este cuerpo ilustre en que figuran los hombres más prominentes que han descollado en el país por sus profundos y variados conocimientos en todos los ramos que abarcan las ciencias sagradas, me ha dispensado una distinción tan alta, que un sentimiento irresistible de gratitud será mi primera palabra al venir hoy á sentarme en medio de vosotros.

Me habeis elegido sucesor del señor don Federico Errázuriz.

Mi antecesor educado por la Iglesia en el Seminario de la Arquidiócesis, recibió en su temprana edad el título de abogado. La Universidad le dió un asiento en dos de sus facultades, en la de Teología y en la de Leyes, y el ardor de su juventud lo lanzó en la senda de la vida política.

Fué Intendente, Diputado, Senador, Ministro de Estado, Consejero de Estado y Presidente de la República.

Su vida pertenece á la historia, y el tiempo pronunciará el fallo justiciero, absolviendo ó condenando al hombre público.

Yo, casi al borde de su tumba, sellaré mis labios para no arrebatár sus derechos al juicio imparcial de la posteridad.

II.

La Teología, ciencia de Dios, es la luz que ilumina todas las ciencias; es el centro á donde convergen todos los principios, es la fuente de todos los ramos del saber, es la piedra angular de los conocimientos y la fuerza niveladora de las ciencias, de los principios y de los conocimientos divinos y humanos. El sabio en todas sus investigaciones toca con la Teología. De ahí es que el edificio social descansa sobre la base sólida de la religión, que es su fundamento; y la sociedad no se concibe sin religión, como es inexplicable el hombre si no lo asociamos á la idea de Dios.

Los Apóstoles, predicando una nueva Teología, derrumbaron el mundo pagano, y sobre sus ruinas se levantó la civilización cristiana. La sociedad estéril, dominada por el paganismo, desconocía sus propios derechos, y el hombre era esclavo. Pero cuando el estandarte cristiano tremoló en los templos, en los palacios de los Césares, en los cómicos populares; cuando á la sombra de la cruz de Jesucristo crecieron y se desarrollaron los pueblos, entonces las costumbres y la legislación fueron vivificadas por la sávia de la verdad del cielo; la Teología cristiana marcó á las sociedades un nuevo rumbo, y éstas reconocieron la soberanía social del Mártir de la Cruz. La Iglesia, representante de Jesucristo, recibió en su seno á los pueblos de la tierra, éstos la proclamaron madre, y la Religión y el Estado vivieron el dulce consorcio de la unión que hace de la verdad y de la justicia. Por eso la Teología es la luz de la historia, y el barómetro social de los pueblos son las creencias religiosas que profesan.

La incredulidad será siempre una ingenuidad, porque nada edifica; sólo destruye y tiende á hacer desaparecer la clave de las ciencias, de la moral y de todos los destinos humanos: la religión, el dogma católico, la moral de Jesucristo.

La sociedad sin religión no tiene vida, es un cadáver, es Lázaro en el sepul-

cro. Es la religion la vida de los pueblos, porque es élla la que los cobija á su sombra para marcarles sus destinos y encaminarlos por las sendas del orden y de la justicia. Y no hay justicia y no hay orden en donde no impera la autoridad de Dios. El catolicismo, divinizando la autoridad, santificó la obediencia. Destruíd la soberanía social de Jesucristo, y la obediencia no existirá, será una quimera; porque la autoridad no tendrá una base sólida é inmutable, ni el orden ni la justicia son concebibles fuera de ese origen divino que les asigna el Catolicismo.

Hasta el mismo Rousseau ha dicho: “Los Gobiernos modernos son deudores indudablemente al cristianismo, por una parte, de la consistencia de su autoridad, y por otra, de que sean mas grandes los intervalos entre las revoluciones. Ni se ha extendido á esto sólo su influencia; porque obrando sobre ellos mismos, los ha hecho mas humanos; para convencerse de ello, no hay mas que compararlos con los Gobiernos antiguos. (Emile. lib. 4.^o)”

III.

A Jesucristo se dió todo poder en el cielo y en la tierra; á él se le entregaron en herencia todas las naciones; él las adquirió con el precio infinito de su sangre, derramada por el rescate del género humano; él es el camino, la verdad y la vida: los soberanos de la tierra son sólo sus representantes en el gobierno del mundo, pues ha dicho: por mí reinan los reyes y los legisladores dan leyes justas; Jesucristo ejerce, pues, con pleno derecho la soberanía mas amplia y legítima sobre todos los pueblos y reinos de la tierra. El reconocimiento de esa soberanía es el primer deber de las naciones; y mientras los reyes y demas soberanos que dirigen los destinos del mundo, no inclinen su frente ante la Magestad Suprema del Rey de los reyes y señor del Universo, no habrá paz, ni orden, ni la justicia brillará en las Naciones, y los Gobiernos no serán mas que déspotas y tiranos mas ó ménos afortunados que, siendo el juguete de las turbas populares, estarán siempre expuestos á los caprichos de las ambiciones de los partidos.

El Estado debe mantenerse en la base indestructible de la religion, y ésta tiene derecho para exigirlo. Es Dios el soberano supremo de los hombres y de los pueblos; y los pueblos y los hombres han de proclamarse hijos de Dios y oír con sumision las enseñanzas de su Iglesia.

Tal es el orden establecido por el Creador y así lo proclaman la justicia y la verdad.

Pero la sociedad civil ha experimentado un gran naufragio; los principios han sido relegados al olvido, la ley divina desconocida, la soberanía de Jesucristo ha sido usurpada por la audacia de los hombres, y hé aquí que en los últimos tiempos ha surgido una doctrina que ha oscurecido las inteligencias, que ha fascinado á muchos y que hasta en el campo católico ha conseguido deslumbrar á no pocos. Este mal ha abierto una brecha en las murallas de nuestra ciudadela, ha desgarrado el corazon de la Iglesia y las sociedades modernas han caído en la red que les tendió el ángel de las tinieblas, el espíritu del mal.

Sereis como dioses se habia dicho á nuestros primeros padres para alejarlos del Creador; y la serpiente homicida de nuevo halaga al hombre ofreciéndole el reino de una libertad dorada para extraviarlo de su fin, arrancándolo al imperio de Jesucristo.

Ese es el liberalismo: la exageracion de la libertad, una libertad engañosa, que electriza á los incautos y que insensiblemente desgarrá la túnica del Redentor, debilitando la fé en las almas, creando una nueva religion, la religion de la libertad que diviniza al hombre con el culto abominable del órgullo.

IV.

El liberalismo es el cáncer que corroe hoy las sociedades: es la gangrena de la humanidad. Disfrazado de mil maneras, tomando todos los matices, como

el Proteo de la fábula, renace siempre, y se presenta bajo diferentes formas, reclamando derechos, alegando fueros privilegiados, discerniéndose coronas de victoria y anunciando á los pueblos una nueva redención que será el triunfo del género humano en la justicia y en la verdad.

Es el liberalismo la hidra de siete cabezas que amenaza destruirlo todo, llevando el veneno oculto bajo falsas apariencias.

El liberalismo es la grande herejía de los tiempos modernos, que ha invadido todas las esferas sociales y que, con hipócritas pretensiones, trata de elevar su trono al nivel del trono del Altísimo y de gobernar los destinos del mundo anulando la acción bienhechora del catolicismo.

Comprendeis, señores, la capital importancia de la cuestión. El liberalismo, que domina hoy en todas partes, desde los tronos del poder deja sentir su mano férrea sobre las creencias católicas y trata de oprimirlas, de ahogarlas en el libre ejercicio de su acción salvadora. La doctrina liberal es la negación del catolicismo: de ahí es que el hijo de la Iglesia debe combatir con energía y firmeza ese monstruoso error que ha extraviado las inteligencias.

Preoisemos el asunto.

¿Qué es el liberalismo? Podría definirse: la doctrina que reconoce al error derechos legítimos é imprescriptibles y le da, por consecuencia, libertad de acción equiparándolo con la verdad.

El liberalismo proclama la soberanía de la razón, la soberanía absoluta del pueblo, desconociendo el origen divino de la autoridad. El liberalismo falsea la verdadera libertad, dándole una latitud que jamás se puede admitir.

La facultad de no elegir el mal, pudiendo elegirlo, es lo que constituye la libertad, según Jesucristo. Elegir siempre el bien aunque pueda siempre elegir el mal, he ahí la verdadera libertad. Sobre esta creencia ha basado un ilustre pensador las siguientes palabras: "Cuanto más se niegue el hombre á sí mismo, tanto más derecho tendrá para llamarse libre."

Ha dicho muy bien un distinguido escritor: "la libertad es la remoción de todo obstáculo que impida al hombre tender á la felicidad y adquirir la perfección." ó como ha dicho otro notable publicista: "la libertad es el poder de ejercer sin trabas los derechos que la naturaleza, en armonía con la razón, concede á los hombres."

El Angel de las escuelas ha sentado lo siguiente: "lo que constituye la esencia de la libertad es el poder de hacer ó no hacer; mas dejar el bien por hacer el mal, de ninguna manera pertenece á la esencia de la libertad, muy al contrario, es su imperfección."

El mal no es, pues, un poder, sino una debilidad, una imperfección, una negación. La libertad es un poder, un don de Dios; la idea del mal no entra para nada en su esencia. La posibilidad de hacer el mal no es esencial á la libertad, así como la posibilidad de engañarse no es esencial al entendimiento, ni la posibilidad de enfermarse lo es á la salud. La impecabilidad es la perfección de la libertad como la infalibilidad es la perfección del entendimiento, según la expresión de un sabio escritor.

"El poder de obrar el mal, decía San Anselmo, no es ni libertad ni parte alguna de ella."

La libertad es la facultad de obrar racionalmente. La inteligencia y la voluntad que brillan en el hombre, deben ponerse en ejercicio según el orden de la recta razón: el orden tiende al bien, la recta razón marca la verdad. La inteligencia se nos ha dado para conocer lo verdadero, la voluntad para querer lo bueno. Y la libertad es el ejercicio de la inteligencia y de la voluntad; luego sólo puede encaminarse á lo verdadero, á lo bueno, al orden.

Si la libertad pudiese ser el ejercicio para el mal, ó el ejercicio del derecho para el error, se destruiría en su base, que es la inteligencia y la voluntad; y